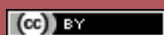


Fedele (relato)

Antonio Fogazzaro

Escritor, Italia

Texto traducido publicado el 15/07/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

“Se lo como, señor Fogazzaro”, dijo aquella tarde inolvidable del uno de agosto de 1884 el general Trèzel cogiéndome uno de mis pobres peones. “¡Tenga cuidado!”

“A las damas”, le respondió por mí la señorita Prina tocándome el brazo con la pluma. “¡Adelante! ¡Dicte! ‘Cuando te veo siento un cierto nosequé’, ¿y luego?”

“Perdone general”, dije yo tras mover un peón cualquiera. “Y digo que no lo siento, y digo que no lo tienes”.

“¡Haz el favor, Filippo!”, dijo la señorita a su hermano, quien buscaba inútilmente en el piano el motivo del *Aria di Chiesa* de Stradella.

Seguí dictando la vieja cancioncilla que le gustaba tanto a la sociedad milanesa, muy inteligente, muy distinguida, del Hôtel Brocco:

*Se me cierran los dientes
cuando te quiero hablar
Y digo: es una desgracia...*

En este momento me falló la memoria. La señorita Prina, las otras amables señoras y un par de jovencuelos deseosos de usar la graciosa estrofito para sus fines particulares, se desesperaban. El verso no llegó, y yo solo pude repetir para la damisela con el acento más sentimental que supe:

*Se me cierran los dientes
cuando te quiero hablar*

“Es una desgracia”, comentó sonriendo doña Luisa Trèzel con su finura habitual, benévola e irónica a la vez. “Quién sabe”, añadió en voz baja, “si el señor Fogazzaro no puede conseguir el versito de su querida Fedele”.

Todos se rieron y yo me molesté. Me puse de nuevo a jugar con atención; después, como Filippo no lograba sacar nada, me levanté, le señalé con la mano derecha las primeras notas del *Aria di Chiesa*.

“Se la como, señor Fogazzaro”, dijo el general, el cual no había apartado en ningún momento los ojos del tablero salvo para mirar de refilón, alguna que otra vez, el piano y al pianista. Su mujer me preguntó si me había enfadado con ella. No estaba enfadado, pero me molestaban las alusiones a aquella persona que doña Luisa llamaba ‘su querida Fedele’. Era una joven señora que había llegado tres días antes a S. Bernardino, sola. Nadie la conocía. Saludaba con mucha amabilidad, pero no hablaba nunca con nadie. La gente del hotel afirmaba que era veneciana. En la tarjeta que allí tienen por costumbre anudar a las servilletas para que los forasteros escriban su nombre, ella había escrito con una caligrafía para nada inglesa, para nada elegante: SEÑORA FEDELE.

Era rubia; no era alta, sino más bien delgada; bastante guapita, pero más delicada y encantadora que guapa. Lo confieso, no podría decir con certeza el color de sus ojos; puede que tuvieran el color cambiante del mar junto al que había nacido. Llevaba siempre el mismo vestido gris, el mismo tocado de piel gris, los mismos guantes negros. Salía tarde para dar algún paseo solitario; en la fuente no se dejaba ver nunca. Por la noche bajaba al

café a las nueve. Si había música, se quedaba más rato en su rincón oscuro, lejos del piano; si no, se tomaba el café y desaparecía.

Se hacían infinitos comentarios sobre su origen, sobre su comportamiento misterioso, sobre el nombre 'Fedele' que servía incluso al general Trèzel para creerse ingenioso. Una vez, en el corrillo habitual de la entrada, me tocó defenderla de las señoras, que me parecían demasiado maliciosas. Ella pasó en ese momento por casualidad subiendo de la calzada. Tenía la cara encendida, pero no miró hacia nuestro lado. Aunque sí me miró ese mismo día, cuando pasó cerca de mí en el comedor, con una mirada que mis amigos consideraron de gratitud. Yo no la habría tenido en cuenta para que no me dieran la tabarra.

“¿Qué habrá pasado para que esta noche haya venido tan temprano?”, dijo lentamente Filippo, quien gustosamente le habría dedicado sus chapuzas musicales.

Efectivamente, la señora Fedele estaba ya en su rincón y en ese momento daban las ocho.

“Estará esperando el concierto”, dijo la señora Prina.

Nos habían anunciado para aquella noche el concierto de un pianista ciego.

Un señor que estaba de pie junto a mí mientras veía jugar al billar nos dijo que el concertista había pedido disculpas por una indisposición de su acompañante.

En ese momento alguien dijo en la puerta del café:

“Nieva”.

Las señoras se levantaron alborotadas, los jugadores de billar tiraron los tacos, y los jugadores de naipes, las cartas. Incluso el general Trèzel dio una tregua a mis peones. Todos se lanzaron a la sala y de allí a la entrada. No es tan fácil ver nevar en agosto.

A mí, antiguo parroquiano de aquellos Alpes, me había pasado más veces. Me levanté tranquilamente y me acerqué a una ventana.

Era un espectáculo fantástico, una magnífica fiesta nocturna que el viento del norte y la nieve ofrecían a la luna. Esta surgía sobre mil puntas de abetos, entre dos montañas enormes, en el cielo sereno. Un momento la veía clara, un momento después un torbellino de humo plateado la escondía en su propia luz. Porque no se podía decir con propiedad que estuviera nevando. Era tan solo nieve de las cimas arrastrada por la tormenta. Entre un torbellino y otro se veían todas las crestas blancas que humeaban en el cielo azul.

“Perdone, señor Fogazzaro”, me dijo en veneciano una voz temblorosa. “¿No hay concierto esta noche?”

Me giré sorprendido.

“Perdone la libertad”, volvió a decir la señora Fedele. “Sé que somos casi conciudadanos”.

Lo cierto es que no me había sorprendido tanto por su pregunta inesperada como por la conmoción, extraña, profunda, que sentía en su voz ante una pregunta tan vulgar. Pero también el querido dialecto, usado así a la primera, y el hecho de llamarme por el nombre, me habían acercado con violencia a la misteriosa señora; con una violencia buscada por ella quién sabe por qué.

“¡Imagínese!”, le respondí. “No creo que haya concierto. He oído que el acompañante del ciego está enfermo y que este ha pedido disculpas”.

“¿Y se irá, quizá? ¿Ya no tocará?”

Los bellos ojos me parecieron de repente más grandes, la voz más temblorosa.

“No lo sé con certeza”, respondí. Luego creí que debía añadir por educación: “¿A usted le gusta la música?”

Ella no respondía, miraba fuera, hacia la tormenta, hacia el brillo de la luna y la nieve. Pasado algún momento me volvió a preguntar:

“¿El acompañante, ha dicho usted?”

“Un señor, hace un momento, decía ‘el acompañante’; pero ahora, reflexionando, creo que se ha equivocado. Creo que es una acompañante, una señorita”.

Ella apoyó la frente en el cristal, como para ver mejor, de hecho, para no dejarse ver la cara por mí; y volvió a empezar a hablar con una voz aún más baja, más rota por la emoción.

“Estoy aquí sin amigos” dijo ella, “sin nadie, y puede que necesite un alma buena. ¿Ahora pensará mal de mí used? No, sépalo, no piense mal. Sé que usted no me juzga como los demás. Y además me han dicho que tiene familia. ¡Es por eso!”

¡Hablaba muy pesarosa!

“Esté tranquila, señora” respondí. “Si puedo hacer algo...”

En ese momento la gente volvía corriendo, exclamando, contenta y aterida por el espectáculo de la nieve, mientras el general me buscaba con la mirada para acabar la partida. Nos separamos rápidamente. Justo después, el dueño del hotel hizo públicas las disculpas del concertista, el señor Zuane, impedido por una indisposición de su hija, la cual tenía que acompañarlo también al piano. El mismo señor Brocco nos informó luego de las tristes condiciones de este pobre hombre y que sin ese concierto no sabría cómo pagar el precio del pequeño hotel donde se alojaba. Las señoras, apiadándose, me pidieron que fuera a buscarlo. Un hábil alumno del Conservatorio de Milán se ofreció para tocar con él.

Salimos enseguida, el jovetuelo y yo, llenos de fervor. El ciego señor Zuane nos acogió con digna gratitud y una grave educación de rey exiliado, hablando un italiano lánguido que se hundía por instantes en la laxitud de mi dialecto natal. Era al mismo tiempo divertido y triste oírle discurrir con tanta solemnidad, acompañando las palabras con el gesto amplio e interrumpiéndose con perplejidad cuando daba con la mano en el sombrero nevado que mi compañero le había puesto delante en la mesa inconscientemente. Oíamos a la señorita Zuane que tosía en la habitación de al lado, abierta, de la que entraba una luz totalmente superflua para el señor Zuane y totalmente insuficiente para nosotros. La señorita nos pidió, en la misma lengua suave del padre, que fuésemos a coger la lámpara. Su voz me impresionó; cuando la vi después en la cama pensé que estaba viendo los cabellos rubios y el rostro delicado de la señora Fedele.

“Le encomiendo a papá, señor”, me dijo. “¡Sé que ustedes son muy buenos!”

Luego levantó la cabeza de la almohada y me indicó que me acercase a ella.

“Perdóneme, por favor”, me susurró ansiosa. “¿Conoce usted aquí a una señorita veneciana rubia, que se parece a mí?”

“Sí, la señora Fedele”.

“Por favor, no deje que hable con papá, ¡se lo suplico a toda costa! Dígaselo de mi parte. De parte de Lisetta, dígaselo. ¡Ahora no, ahora no, por favor!”

No me explicó nada más. Mientras me marchaba con el señor Zuane, intentaba en vano, dentro de mí, adentrarme en el misterio de dolor que había percibido momentos antes en las palabras de la señora Fedele y después en las de la señorita Lisetta; y me pesaba mucho haberme dejado inmiscuido.

No vi bien la cara del señor Zuane hasta que llegamos al hotel Brocco, delante de las velas del piano, cuando esperaba, de pie, a que abrieran el instrumento, a que le quitaran de encima las montañas de partituras y se colocaran los taburetes. Era una persona altísima, estaba inmóvil y erecto como la estatua de un emperador antiguo, mientras elevaba por encima de todos nosotros la cara más marmórea y trágica que haya visto jamás. Era una cara de color de la cera, sin un pelo, desde la nariz escultural, desde la frente imperiosa, llena hasta el alma, sobre unos ojos siniestramente cerrados, llena como de una mirada arcana que se expandiera bajo ella buscando la salida.

No había mucha gente porque la sociedad del Hôtel Ravizza no se había atrevido a enfrentarse al viento y a la nieve. La señora Fedele estaba allí, en su rincón favorito. Miraba al ciego, pero no parecía que quisiera acercársele.

En los breves instantes de mi visita a Zuane y del camino al hotel, le había oído hablar de su arte con la devoción sincera, profunda, de un fanático. Él era, sin embargo, un artista bastante mediocre. Tenía más fuerza y precisión que expresión, y además mostraba, en la elección de las piezas, un gusto muy dudoso. El público, afectado por su desgracia, aplaudió la primera y la segunda pieza, aplaudió aún más la tercera, una fantasía a cuatro manos en la que el alumno del conservatorio se hizo valer, con excusa caridad, por parte del pobre ciego.

Pero el programa era excesivamente largo. Bastante gente salió a ver el cielo o a jugar en el saloncito junto al café. Los pocos que quedaban charlaban. Durante la quinta o la sexta pieza, no me acuerdo bien, la señora Fedele se levantó y vino donde estaba yo, junto al piano, en el vano de la ventana. Miraba muy pálida a los que salían, miraba a los que conversaban, con miradas, no diría de desdén, sino más bien de tristeza amarga. Yo temía que, una vez acabada la pieza, ella quisiera entablar conversación con Zuane. Todavía retumbaban en mis oídos los ruegos de la señorita enferma, ese jadeante ‘¡Se lo suplico!’.

Me agaché y le dije:

“La señorita Lisetta le ruega que no hable con él ahora”.

Ella se sobresaltó y me interrogó con una mirada atónita e desconfiada. “No sé nada”, respondí. “Ella me ha dicho eso; no sé nada más”.

“No hablaré”, dijo en voz baja, rápidamente. “Pero usted me prometió su apoyo a mí antes que a Lisetta, ¿lo recuerda?”

En ese momento Zuane acabó su ardua pieza. Preguntó si a alguno de los señores presentes le complacería recoger las dádivas de los presentes. Yo estaba a punto de presentarme cuando la señora Fedele me retuvo y me pidió avisar a Zuane de que una señorita le ofrecía cerrar su concierto con una pieza vocal; y que sería mejor salir luego con el plato. Yo dudé, pero el chaval Prina, que estaba comiéndosela con los ojos, cogió al vuelo sus palabras y se apresuró a hacer pública la propuesta, la cual Zuane acogió con su solemnidad habitual, olfateando el aire mientras hablaba, aquí y allí, como si quisiera descubrir dónde estaba la amable mujer.

La señora Fedele me susurró al oído:

“¿Me acompaña en el *Aria di Chiesa*? Le he escuchado tocarla esta tarde”.

Me excusé con buenas razones. Ella prefirió entonces no pedírselo a otros y tocarla ella sola. Mientras se quitaba los guantes hice que el señor Zuane se levantara y lo llevé, a propósito, a sentarse lejos del piano.

Entre tanto la gente, llamada su atención como por arte de magia, volvía a entrar en el café para escuchar a la guapa veneciana. Zuane se vio de pronto en medio de un grupo de personas.

La señora se sentó al piano. Yo estaba de pie cerca de ella, podía ver el ligero temblor de sus manos, la inquietud de sus labios. Me agaché para decirle al oído que podía haberle pedido al alumno del conservatorio que la acompañara. Dijo que no con la cabeza nerviosamente y empezó enseguida, con seguridad, el prelude. Antes de acabarlo me lanzó una mirada como para decirme “¿Le gusta?”; como para mostrarme su rostro pálido, pero decidido.

Me gustaría poder expresar la tímida dulzura dolorida de su canto cuando empezó a cantar en voz baja:

*Piedad, Señor,
De mí que sufro.*

Miré sin querer a los Prina y a los Trèzel, cuyos murmullos y sonrisas irónicas había notado. Ya no sonreían. Mis ojos, regresando lentamente al piano, encontraron por casualidad el rostro del ciego mientras la dulce voz subía con un estremecimiento de pasión en las palabras:

*Si te alcanza mi ruego
Que no me castigue tu dureza.*

Zuane dirigía el rostro ceñudo hacia la música, escuchando con la boca medio abierta. A un cierto punto vi que se doblaba hacia la derecha, que susurraba algo a un vecino que le respondió mirando hacia la señora Fedele, como si le hablara de ella. Ella cantaba en ese momento con un ansia desgarradora en la voz:

*Ah, que no suceda nunca que en el infierno
Yo esté castigada al fuego eterno.*

Zuane se levantó con una cara espantosa, movió los brazos hacia la parte contraria al piano, como para abrirse camino entre la gente. Todo el público se giró hacia él, con un silencio tan autoritario que él paró inmediatamente y se volvió a sentar. La señora Fedele se lió en el acompañamiento, se perdió en la entonación, se tapó la cara con las manos.

“¡Ánimo!”, le dije en voz baja. “¡Vamos!”

“No puedo, no puedo”, respondió ella sin quitarse las manos de la cara. “No estoy bien, pida perdón en mi nombre”.

Dije en voz alta que la señora se sentía mal y que no podía continuar. Hubo un momento de agitación entre los vecinos de Zuane y otros que también sospechaban que había una relación oculta entre el acto del ciego y la turbación de ella. Pero luego uno, dos, cuatro, batieron las palmas, estalló un aplauso por toda la sala. Muchas señoras se acercaron a la señora Fedele, le ofrecieron su ayuda, insitieron en que se tomara un refresco, en que se retirara. Rechazó las dos cosas dando las gracias humildemente, pero más con los ojos y el movimiento de la cabeza que con la voz. La voz parecía rota, apagada. Se levantó del piano, se sentó en el vano de la ventana.

Quise estar cerca de ella y le pedí a Prina que recogiera las dádivas. Las monedas llovían en el plato. Zuane giraba la cabeza a la derecha y a la izquierda siguiendo el sonido de la plata. Parecía impaciente por hacer o decir algo.

La señora Fedele seguía con ojos absortos cada uno de sus movimientos. Prina se acercó a ella indeciso, dudando si debía dirigirse también a ella o no. Ella le indicó con la cabeza que fuera y, quitándose un anillo, lo puso en el plato.

“Doy las gracias a estos amables señores”, dijo Zuane cuando le acercaron las dádivas, “doy las gracias a estos amables señores y ruego que el dinero sea dado a los enfermos de cólera de Marsella”.

Las últimas palabras las profirió con una repentina energía de voz, con un fruncimiento feroz de cejas, con un gran movimiento de ambos brazos.

La señora Fedele no dio muestras ni de sorpresa ni de enfado. Miraba en todo momento hacia él, a esa cara marmórea, esos ojos apagados.

“Le han dado también un anillo, señor Zuane”, dijo Prina.

El ciego alargó un brazo, tanteó las monedas del plato, cogió el anillo, lo palpó con los diez dedos levantando la frente.

“No acepto este anillo”, dijo él. “Le será devuelto a persona que lo ha dado. Supongo”, añadió con una voz casi iracunda, “que todavía estará presente”.

Nadie respiró. Zuane repitió la pregunta. Entonces la señora Fedele señaló a Prina que respondiera que no, como de hecho hizo inmediatamente.

“Ruego a los señores que me han acompañado que devuelvan el anillo mañana por la mañana”, dijo el ciego. “Entre tanto es mi deber expresar mi gratitud a estos señores”.

Se hizo llevar hasta el piano y empezó a bombardearlo con su pieza de agradecimiento, haciendo huir a la gente, que se fue a pasear y a comentar lo sucedido a la sala de al lado. La señora Fedele, el alumno del conservatorio, el joven Prina y yo estábamos solos junto al piano.

“Siento que la sala está vacía”, dijo Zuane parando de tocar. “¿Hay alguien cerca de mí...?”

“Sí, sí”, respondí.

“Ah, ese señor véneto”, dijo él. “He sido poco amable esta tarde y al menos a usted le debo una explicación”.

Estaba en un apuro y protesté, porque no quería ninguna explicación, pero insistió y la señora me rogó, en silencio, juntando las manos, con un gesto desesperado, que lo dejara hablar. Miré sin querer a los otros que lo entendieron y lentamente, de mala gana, se fueron.

“No podía coger el dinero que ella ha coseguido, entiéndalo”, dijo Zuane: “Es mi sobrina, la he criado yo, la he educado yo. ¡Algo horrible! Me traicionó”.

Yo sufría inexplicablemente, me parecía que yo mismo era un traidor permitiendo que él hablara así delante de ella, pero ella lo quería. Había girado la cara hacia las ventanas en ese momento. Quien nos viera desde la otra sala podría creer que estaba mirando la luna y la tormenta. Dios, ¿por qué se obstinaba en estar allí? Le toqué ligeramente el hombro. Ella adivinó mis intenciones, negó con la cabeza, con la misma energía muda de antes.

Zuane se calló un instante, quizá esperando una pregunta. Luego retomó el discurso:

“Ese anillo era muy valioso para mí hace tiempo; ¡ahora no, ahora no!”

Le interrumpí y me ofrecí a acompañarlo a casa, donde la señorita Lisetta estaría quizá angustiada. “Puede hablarme por el camino, si quiere”.

“Sí, sí”, respondió sin moverse, “pero el resto se cuenta rápido. Todas las miserias que se puedan sufrir en la tierra las sufrí yo durante doce años para que esta criatura fuese artista. Ella lo había prometido desde niña, primero a Dios y luego a la Virgen –¡todo artista es creyente, señor!– Y ella lo lograba. ¡Una gran artista! Yo me moría de hambre y de consuelo, señor. Ahora bien, viene un joven, un rico, uno que no sabe lo que es el arte, uno que dice: me caso contigo, pero sin ceremonias, sin grandezas, sin glorias. Y entonces se olvida Dios, se olvida la Virgen, se olvida todo, señor mío, se rompe el corazón de este viejo. No es suficiente”.

“En fin, señor Zuane”, exclamé sin poder aguantar, “es tarde, vamos”.

“No es suficiente”, siguió él mientras se levantaba. “El marido muere, porque ahí arriba, entiéndalo, hay justicia”.

La pobre señora, abrumada, juntó las manos.

“¡Dios, esto no!”, dijo ella.

No podría contar bien lo que sucedió en ese momento. Quizá nadie podría. Sé que Zuane gritó, que acudió gente, que hubo una refriega, que se llevaron fuera al ciego, que la señora Fedele me rogó que la acompañara fuera enseguida, al aire, a la soledad.

La tormenta había amainado, pero el frío era punzante. La cima del Piz Vogel humeaba aún con la nieve. Nos pusimos en camino en silencio hacia la otra parte, hacia la luna y el horizonte bajo, amplio, todo dentado, entre dos grandes montañas plateadas, de puntas negras de abetos. Por esa parte desde la casa del ingeniero C. hacía menos frío; mi compañera aminoró el paso.

“Perdóneme”, dijo ella, “si le causo tantas molestias. Es la primera y la última vez, sépalo. No me verá nunca más. Mañana espero que tenga la gentileza de hacer aún algo por mí y luego ya no oírás nunca más ni mi nombre. Nunca más. Fedele es mi nombre de pila. No puedo ser otra cosa que fiel”.

En estas últimas palabras su voz bajó, casi se apagó, como si tuviese algún sentido triste escondido. Vi que le brillaban los ojos de lágrimas. ‘No me verá más, no ya no oírás más mi nombre’. ¿Por qué decía eso? ¿Qué quería hacer? Se me hacía un nudo en el estómago. Debía de sufrir mucho, pobre alma delicada, ¡y me parecía tan pura! Con ese rostro, con esa voz, con ese insólito nombre tierno, me parecía una de esas criaturas que se aman en sueños.

“Él me puso el nombre, Fedele”, dijo ella.

“Ha entendido usted bien que es mi padre, ¿no es así? Pobrecillo, no lo quería decir. La vergüenza le parecía demasiado grande. No digo que no yo no tenga culpa, ¿sabe? Es verdad que había hecho la promesa a Dios y a la Virgen. Pobre papá, quizá había confiado demasiado en las promesas de una niña; quizá el Señor no hizo tanto. Pero no quiero juzgarlo, pobre papá. Es nuestra desgracia, de todos, que tenga un sentimieto así. Yo no tengo ninguna amagura por él. Es solo que no he podido...”

No pudo aguantar el recuerdo de las duras palabras que la habían herido. Le faltó la voz.

“Ha sido demasiado amarga”, añadió después de pasar un instante suspirando. “Demasiado amarga, porque él, querido, apreciaba, a pesar de todo, a mi papá y lo que hice para volver con mi papá me lo enseñó él desde el paraíso. Simplemente no quería que fuera al teatro. Papá creía que después de la desgracia haría lo que él quería, pero no era posible de ningún modo; es necesario que haga más caso que nunca a mi querido marido. Y ahora ya

he perdido toda esperanza de que papá haga las paces. Ni siquiera el anillo de la pobre mamá ha servido para nada. Me lo esperaba, ¿sabe?, pero quería intentarlo una última vez. Y ahora querría pedirle que mañana hable con Lisetta”.

Le dije que estaba a su disposición para cualquier cosa.

“Antes de nada, dele las gracias a Listella”, dijo ella. “Ha hecho todo lo que podía, pobrecilla, para ayudarme. Dígale que no le escribo porque no puedo y que no sé si le volveré a escribir; pero que todas mis cosas son tuyas y que los documentos y el dinero están en Milán en manos del abogado Benvenuti, en la calle S. Andrea, 23. ¿Quiere tomar nota?”

Apunté en mi cartera, a la luz de la luna, el nombre y la dirección. El corazón me latía con fuerza, sentía que escribía algo siniestro, el final, casi, de una existencia, el final de aquella criatura dulce, hermosa, tan joven, tan amorosa, tan apacible, a pesar de la furia fanática que la estaba matando.

“Ya está”, dije guardando la cartera.

Habíamos llegado a aquella verja donde se separa el sendero del lago del camino principal.

“Me gustaría ir al lago”, dijo ella tranquilamente como si todo hubiera acabado ya en paz; y nombró un librito mío en el que se habla de este lago alpino. La idea de ir al lago a esa hora después de aquellos discursos me afectó tanto que me opuse con un espanto demasiado obvio. Fedele sonrió un poco. “Entonces volvamos”, dijo ella; y tras pocos pasos en silencio se puso a cantar en voz baja:

*Ah, que no suceda nunca que en el infierno
Yo esté castigada al fuego eterno.*

Volvía a estar seguro. Solo me dolía el haber podido atribuirle por un momento esa horrible idea de haberme traicionado. Quería preguntarle qué tenía intención de hacer, y no me atrevía. Ella ya no hablaba. Cuando hubimos pasado la casa C. me dijo que quería que supiera su nombre, que su marido se llamaba Vida y que ella lo había mantenido en secreto, para que su padre, si lo escuchaba por casualidad, no huyera de S. Bernardino.

Llegamos al pueblo desierto, todo blanco de luna. Al poner el pie en los escalones del Hôtel Brocco cogí fuerza y empecé:

“¿Entonces usted se va?”

“Mañana por la mañana”

“¿Y puedo saber...?”

Fedele dudó.

“Se lo diré”, respondió en voz baja, “no se lo diga a mi hermana, ¡prométamelo! Voy a Marsella”.

La miré, le di la mano sin poder hablar. Ella me dio la suya.

“Se que me moriré”, añadió, “pero de todas formas me haré monja”.

Nos pareció escuchar que hablaban en el hotel.

“Mañana”, dijo ella rápido, “no venga ni siquiera a despedirme cuando me marche. Sus amigos son demasiado maliciosos, me criticarían por la familiaridad que me he permitido esta noche. No cuente nada, por favor. ‘El que diga lo que es nuestro asunto, de nuestros venecianos’”.

Le apreté la mano con fuerza, con las dos mías. Fue nuestro mudo adiós.

“Entonces”, me dijo al día siguiente por la mañana en la fuente la señorita Prina toda chispeante de ironía, “¿le habrán encontrado bien el verso ayer por la noche?”

“¿Qué verso?”, dije yo.

“¡Querido!”, exclamó la señorita; y se puso a declamar con un énfasis sarcástico:

*Se me cierran los dientes
cuando te quiero hablar
Y digo: es una desgracia...*

Sí, me habían encontrado el verso. ‘Y digo: lo que es asunto mío’. Pero me callé, desdeñaba concederle a las mofas de esa otra señorita que era me era totalmente indiferente las últimas palabras de Fedele.

Traducción de Berta Gonzalez Saavedra